

Nuestra guerra de Oriente Medio

NUNCA un aniversario fue celebrado de manera tan opuesta como lo ha sido el 53.º de la creación del Estado de Israel. Para los sionistas ha representado la apoteosis de su destino como pueblo y su culminación de un sueño histórico de dos mil años. Para los palestinos ha significado la celebración de la humillación histórica, el expolio de sus tierras. El sufrimiento y el luto permanentes. Este 53.º aniversario pasará a la historia palestina como celebración de las injurias inferidas por los descendientes del otro hijo de Abraham, asociada con el llanto de muchas familias que al mismo tiempo estaban enterrando a sus muertos. Y es que la tierra de los filisteos, la que es sentida como heredad eterna por israelíes y árabes, la que es proclamada santa por las tres religiones, se halla en momentos trágicos de enfrentamiento entre comunidades. En esa guerra estamos implicados todos los pueblos mediterráneos. Por atavismos históricos, por evocaciones religiosas y por sensibilidad social, la guerra de Oriente Medio es también nuestra guerra, en la que nos apasionamos, nos manifestamos, tomamos partido y se nos

parte el corazón. Quizá nuestra implicación afectiva sea un obstáculo para la ecuanimidad de nuestro juicio, pero es también un grito permanente por la paz.

La paz se aleja, el odio crece

REFERIRSE al conflicto árabo-israelí como simple **intifada** es un eufemismo. En Oriente Medio no se está viviendo una rebelión a pedradas, sino el estadio álgido de una guerra dentro de otra guerra que ya dura más de sesenta años y que no se atiene a ninguna norma del ya fenecido **ius belli**. Se manifiesta en las expresiones más crueles y salvajes, en un escenario de tragedia griega en la que el **fatum** impone hasta la autodestrucción con tal de destruir también al enemigo. No es esta guerra sólo un asunto de militares y de políticos; es, sobre todo, una guerra total, en la que apenas hay judío ni palestino que no esté empuñando, física o espiritualmente, las armas. Fue la altanera visita del general **Sharon** a la explanada de las mezquitas (28 de noviembre de 2000) la que desató la nueva intifada, pero pudo haberla producido cualquier otra chispa en el polvorín de perpetuo ajuste de cuentas sobre el que pisan árabes y judíos. Estos dos grandes troncos semitas se odian con toda la intensidad acumulada a lo largo de los siglos. Y es este contexto el que hace a la guerra más cruel e insoportable. Desborda el control político, se escapa a la disciplin militar y toma la forma de venganza de sangre, de autoinmolaciones martiriales en coches bomba, de guerras santas, de gansterismo, de ficción de noviazgos o parentescos para «cebar» a las víctimas a la trampa, de represiones desproporcionadas por parte del ejército israelí, de destrucción sistemática de las personas y las casas que el **Mossad** señala como objetivo para la represalia. Y así

*contabilizamos ya más de quinientos muertos palestinos, de los que 130 eran niños, y más de quince mil heridos. El ejército israelí, decía el periódico **Yediot Aharonot**, ya no efectúa disparos de advertencia sino que empieza tirando a matar, y los dirigentes palestinos ya ni fingen estado de derecho sino que arengan al pueblo para que intensifique la violencia. Esta formidable espiral realimenta los odios hasta el punto de que una y otra parte se pueden decir recíprocamente: «hoy te odio más que ayer, pero menos que mañana».*

***LA** Liga árabe, Siria en particular, la UE y sobre todo Estados Unidos tratan de buscar puntos de encuentro, salidas provisionales, cualquier cosa que detenga las hostilidades. No lo están consiguiendo, porque su posición no es imparcial y, seguramente, todos, menos Estados Unidos, carecen de poder para imponer soluciones y Estados Unidos, que tiene poder, carece de voluntad y en ningún caso se ha presentado como un mediador justo, sino claramente inclinado a favor de Israel. No es fácil ver el horizonte entre la intrincada maraña de la guerra. Por lo mismo es muy complicado repartir razones entre las partes, único camino para atisbar a largo plazo una solución. Pero algunas cuestiones resultan a nuestro juicio suficientemente claras:*

- 1. Israel es responsable del no cumplimiento ni de la letra de las resoluciones de la ONU ni del espíritu de los acuerdos de Sharm el Sheij.** Israel ha ignorado sistemáticamente la resolución 242. Últimamente ha ido cumpliendo la letra de los plazos de Sharm el Sheij sobre retirada militar de Cisjordania y Gaza, pero, como decía **Noam Chomsky**, no cumple con el espíritu, pues pretende reducir la Cisjordania palestina a los cuatro enclaves completamente rodeados por Israel: Jericó,*

Jerusalén hasta Abu Dis, Nablús con sus ciudades cercanas y Ramallah. «El principio básico es que los recursos cruciales, sobre todo el agua, deben permanecer bajo control israelí, pero que la población deberá ser controlada por una autoridad palestina totalmente clientelar».

2. Israel ejerce una fuerza desproporcionada e injusta. *Lanzar cohetes desde helicópteros, asesinar policías en sus propias comisarias, eliminar físicamente a los supuestos cabecillas de la intifada es justificado por los dirigentes israelíes como medidas de legítima defensa, punitiva o disuasiva. Los halcones del **Knesset** suelen decir que ejercen esa dureza porque **Arafat** es incapaz de controlar a los terroristas palestinos y porque, sin ella, Israel ya habría dejado de existir y los árabes habrían realizado su sueño de arrojar a los judíos al mar. Si existen delitos cometidos por los palestinos, éstos deben ser investigados y perseguidos por la justicia, nunca convertidos —los culpables y en muchos casos los inocentes— en objeto de represalia indiscriminada que trata de imponer interpretaciones ilegítimas de los acuerdos internacionales y que casi nunca guarda proporción con el daño inferido.*

3. Los Estados Unidos no son un mediador justo. *Estados Unidos ha venido bloqueando sistemáticamente desde 1967 cualquier condena a Israel, ejerciendo con frecuencia el derecho de veto para defender en la ONU los intereses sionistas. A pesar de que luego han presionado a Israel para que entrara en la dinámica de «tierras por paz» y de «fonteras seguras a cambio de territorios», lo cierto es que al mismo tiempo los contribuyentes norteamericanos financian los nuevos asentamientos judíos en los territorios ocupados mediante sutiles mecanismos que hacen invisible la ayuda oficial de Estados Unidos para tales propósitos. Es decir, destruyen*

con una mano lo que construyen con la otra. La mayoría de los palestinos está convencida de que EE.UU. actúa como el tío poderoso de sus enemigos. «Seguimos considerando la actuación de EE.UU. en el proceso de paz como poco honrada, injusta y partidista», declaró a EFE un representante de la OLP. Muchos observadores imparciales piensan del mismo modo y todos podemos encontrar una explicación de esta política estadounidense en el importante peso que tienen el lobby judío en Estados Unidos.

4. Los palestinos deben renunciar al terrorismo. *No tienen cohetes, ni ejército, pero alimentan un terrorismo crónico que, si bien enarbola banderas justas, practica métodos absolutamente condenables por la comunidad internacional. Los palestinos se presentan con varias caras: la políticamente aceptable de Arafat y la políticamente inaceptable de Hamas. Teóricamente el primero debería controlar al segundo, pero no lo hace más que retóricamente. De una parte de la exasperación israelí es responsable este terrorismo enquistado, como lo es también de la desconfianza que genera cualquier propuesta palestina en los medios internacionales. Las posibilidades «militares» del terrorismo palestino son prácticamente nulas: ni pueden vencer a Israel ni parece probable que consigan rendir por cansancio a sus endurecidos halcones. Las posibilidades políticas pasan precisamente por la anulación del terrorismo, lo que permitirá a la comunidad internacional y particularmente a la UE, presionar más eficazmente a Israel con medidas más contundentes que las dificultades burocráticas para su asociación a la UE.*

5. La mediación de la Santa Sede sigue siendo una esperanza. *Las vías diplomáticas vaticanas están abiertas en ambas direcciones. Probablemente, es la Santa Sede la institución que mejor posicionada está para*

entender en todas sus dimensiones el problema y para aportar propuestas que no generen recelos en las partes.

Si en la cuestión de Jerusalén la propuesta vaticana parece estar muy perfilada, no sucede lo mismo en lo que se refiere al resto de territorios que son un problema tan grave y tan difícil de resolver como el de Jerusalén. Juan

Pablo II, en su reciente viaje a Siria, ha exigido que Israel limite la represión y ha pedido a los cristianos palestinos que defiendan sus opciones dentro del respeto a los derechos humanos. Esa voz moral necesita ahora vestirse de documentos y propuestas concretas que la diplomacia vaticana está en condiciones de elaborar.

CUALQUIER *vía abierta al diálogo, como la II Conferencia de Madrid, será bienvenida. Pero ninguna de ellas conducirá al éxito si la solución no se internacionaliza y si no se promueve una intervención y si no se promueve una intervención humanitaria, en la que necesariamente deben participar EE.UU. y la UE, con garantías de imparcialidad, con límites, objetivos y plazos previamente definidos y controlados por la ONU, en la que, al menos para este asunto, debería impedirse el ejercicio del veto por parte de ningún país.*